

SANTISIMO.

Crónica Literaria

661.847

Por ALONE

"Casa de Antigüedades", crónicas,
por Enrique Bunster (Pacífico, 1972).

Leyendo y, a veces, relejendo estas crónicas de Enrique Bunster, algunas de ellas publicadas anteriormente en Chile o el extranjero, un acento solíamos escuchar entre líneas y hasta divisábamos una figura conocida que, por esos caprichos de la memoria, no conseguimos identificar, pero nos traía el recuerdo de otros placeres, de otras voces oídas, no sabíamos con exactitud dónde ni cuándo, semejantes en su seducción inesperada, sorprendente y autoritaria.

Hasta que de pronto, algún detalle de ritmo o de expresión hizo la luz y el rostro de Joaquín Edwards Bello apareció, con su gesto propio, no apagado aún por la distancia, con sus bruscas transiciones de expresión, en que el humor y el mal humor se mezclaban, dentro de una tonalidad original que era su sello fisonómico.

Entonces las líneas y también el linaje de los dos escritores se precisaron.

Sin duda, se parecen; pero, al aproximarse, resaltan sus diferencias. Sobre el mismo fondo de amor a Chile, casi agresivo, Enrique Bunster acentúa más la nota grave de nuestro pasado histórico, su solidez, su austeridad, el desprendimiento apasionado de sus hombres públicos, que nada pedían al Estado y cuidaban el dinero fiscal con más celo que el propio, como un buen hijo al padre desvalido.

Eran tiempos de pobreza y ese duro yunque los forjó.

Los cambios, los famosos cambios a que se aspira, ¿no vendrían, para nuestra desdicha del que nos trajo una fortuna demasiado dichosa con la conquista territorial del Norte? La suerte nos estaría haciéndola pagar en blandura opulenta, en optimismo materialista y gozador.

No es igual el nacer en una casa de pocos recursos que cuando la fácil riqueza la ha invadido: las perspectivas cambian y esa primera visión del mundo se conserva, apretada en la una, dispuesta al sacrificio y pronta a trabajar, en la otra, propensa a recoger el fruto del trabajo ajeno para aprovecharlos hasta el derroche.

Son dos psicologías que orientan destinos contrapuestos.

Los apellidos dicen mucho al que los conoce y los sabe interpretar.

Juntaba Edwards Bello uno de raíz sajona a otro de origen español, tal como Bunster Tagle, y coinciden ambos en que tras el primero estaba la gran fortuna, incluso medio fabulosa, de tradiciones deslumbrantes, mientras "la sábana materna", para hablar a lo Encina, aportaba a los dos una modestia ilustre y laboriosa, con el solo caudal de sus virtudes, la doctrina, el saber, la respetabilidad.

Ambos grandes viajeros y amigos de aventuras lejanas, cabe observar que las de Joaquín Edwards giraron en torno a París, el de "la belle époque", mientras Bunster ha preferido dirigirse al Oriente asiático donde encontró, todavía palpables, conmovedoras, huellas del viejo Chile.

Todo eso aparta, en el estilo y la substancia de sus crónicas, las analogías de los caracteres, centelleante en el uno, mejor templado en el otro, teñido de cierta añoranza.

Constantemente pasan y vuelven a pasar por estas veintitantas crónicas las imágenes del Chile antiguo, sus glorias, sus triunfos, sus audacias, su indomable valor, también sus malicias picarescas, un conjunto de cualidades del cual se desprende el alma, como pocas fuertes y señalada en el ámbito continental, no expuesta en teoría ni principios generales, sino encarnada a cada paso mediante escenas vivas, detalles pintorescos, rasgos sabrosos.

Alguien habla de "la pequeña historia".

A eso cabría oponer la observación que el canciller Von Bülow hizo al Embajador de Chile, don Ramón Subercaseaux: "No hay cuestiones pequeñas, porque, descuidadas, se hacen grandes (Pág. 188)". La historia la hacen los hombres y éstos no son entelequias abstractas, sino un compuesto de reacciones sanguíneas y nerviosas que el imprevisible azar combina y va manejando, con espíritu irónico o trágico, sin que nunca sepamos

dónde va a surgir lo trascendental. Se trata, en suma, del misterio que es la vida.

Enrique Bunster la siente, por decirlo así, bajo los dedos. De ahí su poder de captación. Donde se abra su libro palpita y el lector se siente arrastrado a proseguir, a veces fascinado, siempre sorprendido, como siguiendo la charla de un viejo inmemorial que, en plena juventud, refiere las cosas que presenció y los personajes que ha tratado, con sus vestiduras, su voz, su actitud.

¿Cuál es la "imagen de Chile" que dejan al cabo estampadas sus páginas?

Elijamos una, cualquiera, por ejemplo, la introducción a su semblanza de don Ramón Subercaseaux, una de las más expresivas.

"Desde los albores de su vida soberana Chile mostró al mundo una imagen de pequeña nación respetable, y esa impresión es fruto legítimo y directo de la selección rigurosa que fue norma en las destinaciones diplomáticas. Sería difícil encontrar excepciones a la regla y, en cambio, abundan los ejemplos de eficiencia traducida en habilidad, ingenio, astucia y recursos de alta política".

Hasta aquí el esquema, el marco.

En seguida se derraman a profusión los casos concretos, los nombres y los hombres, con frecuencia acompañados de sus mujeres: Blanco Encalada, Ministro en París, amigo íntimo de Napoleón III y Eugenia de Montijo, que casó a su hijo con una princesa rusa, prima del Zar; don Alberto Blest Gana, uno de los artifices de nuestra victoria del 79 por su destreza en conseguir las armas decisivas, las navales; doña Luisa Lynch de Morla, cuya belleza inspiró a Rodin un mármol impercedero; Filomena Sarratea de Nieto del Río que brilló en el Perú, hizo reconocerse a la sociedad limeña con Leguía y fue despedida gloriosamente en el Callao con canastillos de flores. Como se ve, pequeños y grandes hechos indisolublemente unidos y cuya trama se entretreje, sin que pueda advertirse cuando empiezan los unos y los otros concluyen.

Sembradas de esos rasgos pictóricos, parlantes, hállanse las cinco grandes crónicas que le inspira don Diego Portales, en torno al cual chispean las anécdotas, brillan episodios cargados de malicia y que estremecen, marcados por el destino, dramático, inexcrutable. Aquel intuitivo, conocedor de hombres, entrega toda su amistad y deposita su confianza al que lo va a traicionar y le regala terrible símbolo, una espada.

No hay detalle pequeño sino para los pequeños de espíritu.

Es la conclusión que imponen los innumerables repartidos a través de las crónicas de Bunster, sin duda uno de los libros más cautivadores aparecidos en nuestro país desde hace años.

Su lectura mezcla el placer a la enseñanza, va de la superficie al fondo y deja, al fin, un no agotado deseo de continuar leyendo.

Pero sería engañarse ver sólo un aspecto de la realidad pensar que este atractivo de la obra proviene del paso ágil con que su prosa avanza, con naturalidad concisa y sobria, de su descuidada soltura. Aunque dones muy raros, no bastarían ellos; como tampoco la simple exposición del pasado, por curioso que sea, para conquistarnos.

Es que en ese pasado, línea a línea, hállase la contrafigura del presente, es que al recordarlo su autor no apunta tanto a él como a nosotros en la hora actual, a los acontecimientos inmediatos de cada hora, buscando ansiosamente su explicación en el geroflífico de la edad pretérita o una contestación a tantas preguntas cuya respuesta nos interesa vitalmente, como nos interesa el que golpea con violencia a la puerta y no se sabe quién será, a qué viene, qué premedita, por qué llega con esos modales imperiosos, que nada bueno prometen y alarman a los dueños de casa.

Enrique Bunster no establece la comparación, no complica paralelos. Es un artista y se limita a sugerir, dejando a los lectores sacar la conclusión.

He ahí el trasfondo de su obra y el pensamiento íntimo que la anima.

Por eso resulta, para hablar sin pompa, tan entretenida.